

Antonio Fontana

Hasta aquí hemos llegado

 Siruela

Nuevos Tiempos

Acta de la reuni3n del jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n 2020

Reunido el 14 de septiembre de 2020 el jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n, compuesto por Dña. Rosa Regàs, Dña. Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Marcos Giralt Torrente, D. Jos3 Mar3a Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretaria Dña. Patricia Men3ndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, acuerdan por mayor3a conceder el Premio de Novela Caf3 Gij3n 2020 al autor Antonio Fontana, por su novela *Hasta aqu3 hemos llegado*.

El jurado ha destacado dos cualidades fundamentales: la primera es que se trata de una visi3n tan sutil como ins3lita y divertida de la ancianidad; la segunda, el riesgo que ha asumido el autor al crear un conjunto de voces bien caracterizadas, las cuales rompen con los estereotipos que m3s circulan en nuestra sociedad y dan una perspectiva compleja, din3mica y tragic3mica de dicha etapa vital.

ROSA REGÀS

MERCEDES MONMANY

ANTONIO COLINAS

MARCOS GIRALT TORRENTE

JOS3 MAR3A GUELBENZU

*A Ángel,
que me prestó la mesa de la cocina
para escribir esta novela.*

*Y a mi hermano Enrique,
por inventarse a la Aparición.*

*¿Qué hacemos nosotras aquí?
¿Qué esperamos? ¿En qué soñamos?*

GIOVANNI BOCCACCIO,
El Decamerón

La Socorro

Anoche fue otra noche de terror: la Aparición se resistía a morir. Quizá era alérgica a entrar en el Más Allá y por eso lo hizo a rastras, a empujones, plantando cara. Qué tenacidad.

Nunca me cayó bien, la Aparición. A pesar de ello, pobre mujer: un final así no se lo deseo a nadie. Ni siquiera a mi peor enemiga.

Mientras la oía forcejear, intenté tranquilizarme: «Al menos hoy tampoco me toca a mí», «No es mi hora», «No todavía». Porque ganas de morirme no tengo. ¿O del Otro Lado ha regresado alguien para contarnos lo bien que se pasa allí, lo divertido que es?

Cierto: como aquí no se está en ninguna parte. Aunque «aquí» sea Peña Hincada, donde la muerte nos ronda vestida con una bata blanca y, creyéndonos dormidas, se sienta a los pies de nuestra cama antes de tomarnos la temperatura, el pulso, la tensión. Contando las horas que nos quedan, tictac; o descontándolas, nunca se sabe. Tictac. Calibrando, sopesando, decidiendo: «Tú hoy sí», «Tú no», «Tú, quizá mañana», «Tú, ya veremos cuándo». La muerte, con el fonendoscopio colgado del cuello; para auscultar los latidos

de nuestro corazón o para estrangularnos con él, no estoy segura.

Otras madrugadas sueño que se cuele por la ventana: un pájaro que, en medio de la oscuridad, despavorido, se refugia en mi cuarto aprovechando que he olvidado bajar la persiana, apagar la luz o las dos cosas. La muerte dispuesta a construir su nido en la mesilla de noche, en lo alto del armario o junto a mis zapatillas. Para hacer aquí lo que venía a hacer en otra habitación. Con otra interna.

Menuda hija de la gran puta, la muerte.

Hoy la mesa del desayuno tiene más kilómetros de extensión que ayer; y no, no son imaginaciones mías.

Esta mañana, en torno a la mesa del desayuno, que es también la mesa de la comida, de la merienda y de la cena, no solo hay una silla menos, sino que las sillas que quedan están más distanciadas las unas de las otras. ¿Para mayor comodidad nuestra? Nanay. Para que no notemos que falta un hueco; un cubierto; el lugar que hasta ahora ocupaba la Aparición. Y yo me acuerdo de *Diez negritos*.

La Aparición: delgaducha, blancuzca, casi transparente. Una anciana a la que el tiempo se le iba en pasearse por la residencia desgastando las baldosas con sus zapatillas. Mientras la Millones:

— ¡Cría cuervos!

Y la Académica:

— Mi amor de las cuatro de la tarde, ¿eres tú?

Y la Ciempiés:

— «Cuenca encantada».

— «Lisboa al alcance de la mano».

— «Romántico Danubio azul».

El *tour*, lo llamábamos nosotras. «Ya está la Aparición haciendo su *tour*». Del comedor al saloncito verde, del saloncito verde a la capilla, de la capilla al saloncito burdeos, del saloncito burdeos a la estupidez esa del «laboratorio de manualidades», y de allí al primer piso, al segundo, al tercer piso; y vuelta a empezar, pero en dirección contraria. Y así todo el día, como si huyera del olor a pipí que nos persigue de habitación en habitación. Y el director:

—Imposible.

—Aquí no huele a pipí.

—Desinfectamos con zotal.

Y María la Chica:

—Claro, claro.

Y María la Grande:

—Faltaría más.

De tanto caminar, de tanto subir y bajar escalones, menudas piernas debía de tener la Aparición, menudos glúteos; la envidia de cualquier deportista. Aunque, en realidad, como era parte del paisaje, la veíamos sin prestarle atención —por el rabillo del ojo, como quien dice— y solo reparábamos en ella cuando nos sobresaltaba:

—Juajuajuá.

Una risa de infarto. Grave, profunda. Es increíble que aquel cuerpecito de sífilis, que dirían en mi pueblo, fuese capaz de emitir un vozarrón como salido del fondo de un pozo:

—Juajuajuá.

La Aparición, experta en sustos. Se materializaba cerca de ti, estuvieras jugando al dominó, viendo la tele o de cháchara con alguna que otra visita; y entonces:

—Juajuajuá.

No un «juajuajuá» cascabelero, en absoluto: un «juajuajuá» tétrico, cavernoso. Y tú, con la piel de gallina y los congojos en la garganta. Hasta que te acostumbrabas, qué remedio. A su cara llena de arrugas verticales que parecían sombras; a su gesto serio, adusto, de *Pietà* miope; a su risa. Al oírla, las visitas, por el contrario, daban un respingo, desprevenidas, y se llevaban las manos al pecho, como si el corazón acabara de perder un latido y tuvieran que buscarlo entre los pliegues de la ropa, tanteando —«Por aquí no está», «Por aquí tampoco»—, mientras la Aparición permanecía detrás de ellas con el aire inocente de quien intenta pasar desapercibido: «A mí no me miréis, yo no he sido, fiu, fiu, fiu».

Hablando de las visitas, me han contado que, en cierta ocasión, una de ellas, armándose de valor, le rogó a una de las cuidadoras, entre perpleja y molesta: «Y a esta, ejem, señora, ¿por qué no la amordazan y la atan? ¿No se dan cuenta de que la guerra de guerrillas a la que nos tiene sometidos crispa los nervios del más templado?». Eso dijo: «guerra de guerrillas», y «crispa» y «ejem» y «más templado», todo en apenas dos frases. Se ve que aquella mujer leía bastante. Se ve, también, que era lerda. Porque la Aparición, otra cosa no, pero inofensiva, un rato largo. Boba, pero inofensiva. No le hacía daño a nadie. A pesar de que, cada vez que el escándalo de sus carcajadas te pillaba por sorpresa, te entraran unas ganas tremendas de estrangularla. Con el fonendoscopio de la muerte o con tus propias manos, según.